

¿Y por qué no había de hacerse también mención honorable de los músicos que componían la orquesta?

¿Serían de mejor condición que ellos los cómicos?

¡Honor a aquel arte dondequiera que se halle o se haya hallado! Era el director de orquesta don Pedro Carricarte, que lo era igualmente de la banda militar, que llamaban de la **Corona**, profesor entendido, de cuyo genio músico quedaron, durante mucho tiempo, muestras de no escaso mérito. Todos ellos tenían también un sueldo mensual. Componíase la orquesta de cuatro violines, dos flautas, dos trompas y **bajón**; después se agregaron otros músicos de la banda, probablemente clarinetes.

Aún no resonaban en aquel incipiente templo de las artes las encantadoras armonías de Haydn y Pleyel, que treinta años después fueron allí las delicias de mi infancia, pues aquellos señores apenas estaban brillando en Europa; pero que la música que se ejecutaba era, frente a Carricarte, Amaro, Suñer y otros peninsulares reputados.

ARTICULO XXVII

Permítame usted aquí un suspiro y una digresión: el primero, por ser suspiro, y por ser muy corto, lo perdonará usted fácilmente; la segunda, implora la genial bondad de usted para que la di-

simule. ¿Quién puede conversar de estas cosas sin decir “hablemos de mi pleito?”

Siempre he recordado con tristeza el difunto palco número 12, a donde iba yo con mi madre y hermanas, bien provisto de almendras garapiñadas, caramelos y avellanas para pasar el rato en los entreactos. Mi madre tenía pasión inocente por el teatro —que en aquel tiempo no ofrecía los peligros que hoy— pero muchos mayor la tenía por la música. “La felicidad del teatro —decía— (son sus propias palabras), consiste en oír registrar los violines antes de empezar la función.” Porque es de saberse que en aquel tiempo los músicos preludiaban *ad libitum* y en público, haciendo cada uno en su instrumento trinos y gorjeos para lucir su habilidad. Sin duda ya presentían lo que más tarde había de decir el gran crítico Fetis, a saber: que el buen músico se conoce en un solo prelude. Quien vino a destruir en Bogotá esta ridícula costumbre fue Mr. Price, director de la antigua Sociedad Filarmónica, y padre de mi amigo don Jorge, hoy director de la Academia Nacional de Música. Aquél amenazaba con un golpe de *batuta* en la nuca al primer músico que destacase una sola nota, antes de empezar el trabajo oficial de la orquesta; amenaza que sólo hacía tolerable el mucho cariño que le tenían, y el no saber si era de burlas o de veras.

En esa época fue cuando mamé yo con la leche, puede decirse, el gusto por la música clásica, única que se ejecutaba en el teatro, hasta el punto de retener en la memoria largos trozos de las sinfonías de Haydn.

Recuerdo, también con tristeza, mezclada de

alegría, que por los años de 26 a 28 mi madre me enviaba con un amigo nuestro, de más edad que yo, y de toda confianza, Domingo A. Maldonado —mi maestro de cometa, trompo y caligrafía— a las veladas musicales que daban en su casa los Hortúas, familia toda de artistas, no obstante que estábamos a diez cuadras de distancia y que salíamos a las once de la noche.

Cuando años después Maldonado, y yo estábamos de paseo en Fusagasugá, y, sentados a la sombra de un caucho, o entre los arbustos de algún bosquecillo, él con su flauta y yo con mi guitarra, tocábamos bellos dúos de **Trancredo** o **Gazza Ladra**, recordábamos aquellos felices tiempos en que oíamos en casa de los Hortúa, algo de eso mismo ejecutado admirablemente por Rola, Austria, y otros insignes violinistas venezolanos, que se hallaban por aquella época en Bogotá.

Pero veo ya la impaciencia de usted, y oigo que me pregunta en qué quedó la empresa de teatro del oidor Alba, y todo lo demás que iba refiriendo. Allá voy, mi señora, con perdón de usted, y pronto terminaré.

No faltaban en aquellos vetustos tiempos algunos profesores y aficionados que tocaban en los bailes y en las iglesias, aunque en éstas no hacía el principal papel la corneta de llaves, o de pistón que hoy pregona a grito herido, como la trompa de la Fama, nuestro mal gusto y nuestro poco respeto por el templo y por el culto. El maestro Araújo tuvo reputación de buen violinista y de excelente profesor teórico y práctico. Don Mariano Ibero, en tiempos posteriores, era un notabilísimo organista, a quien tuve ocasión de conocer,

siendo yo niño, y oírlo tocar en los famosos órganos de Santo Domingo. Igual cosa puede decirse de don Antonio Margallo, hermano del insigne sacerdote de este apellido. Sea dicho en paz, y sin ofensa de nadie, que ya nos quisiéramos en estos tiempos de progreso tener dos o tres organistas como ellos, hombres formalotes y de conciencia musical, y no vulgares improvisadores de charanga, o audaces **reformadores** de los grandes maestros.

Cuando volvamos a nuestros siglos anteriores tendré el placer de hablar a usted del venerable y nunca bien ponderado y respetado maestro Juan de Herrera, el padre de la música en esta ciudad.

No se sabe por qué después de la Cuaresma de 1798, en que se suspendieron las representaciones, no continuaron éstas; pero de seguro no fue por causa de la transformación política, puesto que ésta no ocurrió hasta doce años después, aunque el mismo oidor Alba, que tanto empeño tomó en la empresa, así como otros de los personajes que lo secundaron en ella, alcanzaron a figurar en el drama del 20 de julio de 1810.

Eran asiduos asistentes al teatro el Virrey, los oidores, altos empleados y autoridades locales, lo cual se infiere de que en las cuentas del alumbrado figura, en casi todas las funciones, el de los palcos que respectivamente ocupaban, siendo de notarse que en los de mayor categoría se ponían bujías de cera, sin duda porque ni la esperma, ni el petróleo, ni el gas eran frutas de aquella época. No dejaría de haber también uno que

otro candil de sebo o manteca para el servicio de escaleras abajo; pero no lo dice la leyenda.

Un incidente que no carece de interés es el de que habiendo cegado un actor que había venido de Cartagena con destino al teatro, muchos de los accionistas, y aún los empleados del establecimiento, incluso el telonero y apuntador, cedieron parte de sus instalamentos para costear el regreso del pobre ciego a su país.

ARTICULO XXVIII

Un salto de casi medio siglo no es cosa de consecuencia. Decíamos ayer que el año de 39 quedó reinando sola en la escena la compañía española de Torres, compuesta del mismo, como director, y cuatro personas útiles de su familia, Gallardo, excelente actor, como primer galán, su mujer como cantatriz; Rendón, gracioso inimitable; Castillo, y algunos otros secundarios.

Era esta la compañía más completa que habíamos visto en nuestro teatro, y ella y las subsiguientes nos hicieron conocer algunas de las obras de los ingenios españoles de estas épocas, que estaban por entonces de moda en la Península, como Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Larra, García Gutiérrez, Rubí, Hartzzenbush, Zorrilla, etc.

Hizo su estreno la compañía con el **Torcuato Tasso**, que produjo honda sensación y dio a conocer el mérito de los actores, principalmente de Gallardo, que caracterizó con toda la propiedad de quien por su educación literaria y frecuente roce con las ilustraciones dramáticas y artísticas de su